



St. Tomas Cantuariense.



S. Crescencio Confesor.



S. Sabino Obispo.



S. Silvestre Papa.

penitencia, obediencia, gratitud y demas virtudes, ó al demonio acusándonos de todos los vicios opuestos? ¡Ah! Si á cada instante de nuestra vida consideráramos que podia ser el último de nuestra existencia, viviríamos de manera que estuviéramos prontos á comparecer sin cuidado alguno ante la presencia de Dios; pero no es así: por nuestra desgracia vivimos como si no hubiera un Sér infinitamente justo que ha de juzgarnos. ¿Acaso podemos sustraernos de su jurisdiccion? De ninguna suerte: ó amigo ó enemigo lo hemos de tener siempre cerca de nosotros. “Nunca te librarás de Dios, dice San Agustin; porque si no está en tí por gracia, estará para venganza; y el que no tenga á Dios propicio, lo tendrá airado.

Mas si reflexionamos cuál será su justicia en aquel momento en que nos presentemos ante su trono para recibir el galardón conforme á nuestras obras, y veamos que las que contábamos y teníamos por virtudes, allí se nos manifieste que no era otra cosa sino ilusion y tibieza, bien quisiéramos volver á la vida para reparar lo mal hecho; pero en ese dia ya pasó el tiempo saludable, ya desaparecieron los dias de salud; ahora solo es el tiempo de justicia y de venganza. Nuestro Juez no es aceptador de personas; el rico y el pobre, el rey y el vasallo, el sábio y el ignorante, todos han de ser juzgados por una misma ley y con arreglo á unos mismos principios. Con la ley en una mano y el libro de nuestra conciencia en la otra, serémos examinados.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Santo Tomas Cantuariense, y San Crescencio confesor.

SANTO TOMAS.

Santo Tomás nació en Lóndres, á 21 de Diciembre del año 1117, siendo sus padres Gilberto Beker, noble caballero inglés, y Matilde, hija única del Emir de Jerusalem, que habiendo huido de la casa de su padre para abrazar el cristianismo, casó despues con Gilberto. La primera educacion de Tomás fué muy piadosa, pues su madre, modelo de señoras cristianas, cultivó sus naturales y bellas inclinaciones, conforme á los principios de la religion católica. Puesto de pensionista en un monasterio, se dedicó con el mayor

empeño al estudio, y se hizo muy distinguido, así por la inocencia de sus costumbres, como por sus adelantos en las letras humanas.

A los veinte y un años de edad tuvo la desgracia de perder, casi á un mismo tiempo, á sus virtuosos padres; pero no por eso dejó de proseguir en su arreglada vida, trasladándose á Paris, donde continuó sus estudios, distinguiéndose especialmente en la ciencia del derecho. Como su fortuna era muy escasa, se dedicó á servir, primero de secretario con un señor principal, y como éste fuese muy aficionado á la caza, Tomás cobró mucho afecto á esta diversion, á la que se entregó con mucho empeño, y que acaso habria sido origen de su perdicion, si Dios, que lo destinaba á ministerios mas altos, no lo hubiese apartado de esa pasion, librándolo milagrosamente de ahogarse y ser despedazado por las ruedas de un molino, un dia en que por salvar á un halcon se arrojó inadvertidamente á un rio. Retiróse reconocido á este favor de la divina Providencia, de aquel pasatiempo, y despidiéndose de su amo, se aplicó á los negocios de su profesion de letrado, en la que llegó á adquirir una alta reputacion.

A pesar de la halagüeña perspectiva que le ofrecia el mundo, en vista del gran nombre que habia adquirido en su profesion, no pudiendo su rectitud sufrir las vejaciones y las injusticias que veia, se retiró del foro y ofreció sus servicios á Teobaldo, arzobispo de Cantorbery, quien reconociendo su sobresaliente ingenio y gran fondo de piedad, lo empleó en el despacho de los mayores negocios de su diócesis. Lo mandó á Roma á una comision muy árdua, que desempeñó con sumo acierto, y considerando lo útil que seria á la Iglesia, lo ordenó de diácono, y lo hizo despues arcediano de su catedral.

La elevacion de Tomás solo sirvió para hacer mas visible su mérito. Viéndose con mayores rentas, desplegó su genio caritativo, y las grandes limosnas que hacia, le consiguieron bien pronto el nombre de padre de los pobres. Llegando á oidos del rey Enrique II la fama del nuevo arcediano, quiso tratarlo personalmente, y reconociendo sus extraordinarias prendas, deseando que ellas fuesen útiles á su estado, lo crió su canciller. Este honorífico puesto no hizo olvidar á Tomás las obligaciones de eclesiástico que habia contraido antes. En medio de la corte vivia como el religioso mas fervoroso en el claustro; empleaba el dia en el despacho, y la noche en la oracion, tomando únicamente algunos momentos de

descanso sobre la dura tierra; sus ayunos eran frecuentes, sus disciplinas, sangrientas; en fin, la penitencia era, por decirlo así, su pasion dominante, no menos que la misericordia con los pobres y necesitados, que siempre fueron sus delicias.

No fué este el único empleo que desempeñó Tomás en la corte. Confiósele la educacion del príncipe Enrique, y el santo se dedicó á esta árdua tarea con todo el empeño que requiere la delicadeza de este cargo. Pasó, en calidad de embajador extraordinario, á Francia; acompañó al rey en su viage á Guinea, y en todas partes dió pruebas visibles de cordura, de prudencia, de habilidad y de valor.

Mientras Tomás brillaba así en la corte, y era la admiracion de los estrangeros, vacó la silla de Cantorbery, y al punto lo nombró el rey para que la ocupase. Resistióse nuestro santo, representándole su insuficiencia para un cargo superior en su juicio, á sus fuerzas; pero viendo que era preciso obedecer, dijo con resolucion á Enrique: que él seria arzobispo de Cantorbery; pero que esa dignidad serviria para convertir el grande afecto que entonces le profesaba su magestad en un odio implacable, porque no se hallaba en ánimo de ceder, si pretendia cosas contrarias á los derechos de la Iglesia, lo que ofreceria pretextos para calumniarlo y perderlo.

Insistió el rey, no obstante, en su presentacion, y aprobado su nombramiento por el clero en Lóndres, fué consagrado Tomás con la mayor solemnidad el dia 3 de Junio, y á pocos dias recibió el palió de mano del papa Alejandro III. La nueva dignidad sirvió de estímulo á nuestro santo para caminar con mas empeño á la perfeccion. Abrazó la vida religiosa que profesaba el cabildo de su catedral, y vistió el hábito debajo de la ropa de prelado: aumentó sus austeridades y limosnas; lavaba diariamente los piés á tres pobres, y daba de comer á ciento doce; visitaba los hospitales; socorria liberalmente á los enfermos, se hizo el modelo, en conclusion, de los mas grandes y santos obispos de la Iglesia. Tan ejemplar piedad del pastor no pudo menos que influir en el rebaño: así es que á poco tiempo se vieron corregidos los abusos, reformadas las costumbres, y toda la diócesis mudó de semblante.

Apenas llevaba nuestro santo un año de arzobispo, cuando tuvo que pasar al concilio de Tours, que presidia el papa, donde fué recibido con la mayor distincion por los padres que habian concurrido á él. Pronuncióse en el concilio anatema contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos y contra los obispos y monges que

no se opusieran á tales atentados. Esta disposicion tan sábia como justa, movió á Tomás luego que volvió á su catedral á excomulgar á un señor patrono de una parroquia de su diócesi, y este fué el principio de sus desavenencias con el rey, que llevó muy á mal aquella medida; pero lo que lo acabó de irritar contra el santo prelado, fué, no solo el celo con que defendió la inmunidad eclesiástica, sino el valor con que habiendo cedido algo por el bien de la paz en el particular, se retractó al momento que le hicieron ver su falta.

Declarada ya la tempestad contra nuestro santo, no hubo género de persecucion que no sufriese de un rey irritado y de unos cortesanos aduladores que atizaban cuanto podian su furor. Fué despojado, por las súplicas y amenazas que se le hicieron al papa del carácter de su legado; ocupáronse sus rentas; privósele violenta y temerariamente de su silla, y tuvo que huir á Francia, temiendo por su vida. En medio de tanta borrasca conservó Tomás su tranquilidad y su paz, y no perdió el aprecio del papa (quien no quiso admitirle la renuncia del arzobispado) ni de los católicos, que veian en él á un valeroso defensor de los derechos episcopales. El rey de Francia lo acogió con la mayor benignidad, y vió con gusto que escogiera por su habitacion la abadía de Pontiñi, del Orden del Cister, perteneciente á sus estados.

Esta proteccion acabó de exasperar á Enrique, quien confiscó los bienes del santo prelado, y los de sus parientes y amigos, obligándolos además á partir á Pontiñi á buscar á Tomás. Lloró éste su desgracia, y le partieron el corazon los clamores de tantos inocentes; pero su constancia quedó siempre invicta. Ultimamente, por la mediacion del sumo pontífice y del rey de Francia, nuestro santo se reconcilió con su soberano: y á pesar de las intrigas de sus enemigos, volvió á su catedral, donde fué recibido con aclamaciones y aplausos de todo el clero y del pueblo. Su entrada tuvo los visos de un verdadero triunfo, y se pareció mucho á la de Jesucristo en Jerusalem, en haber sido seguida de su muerte pocos dias despues.

Con efecto, como á poco tiempo de llegado el santo á Cantorbery se hubiese solicitado de parte del rey absolviera á los obispos que estaban entredichos y excomulgados, y Tomás se resistiese por no querer éstos sujetarse á las justas condiciones que les pedia, se valieron de esta nueva ocurrencia sus émulos para calumniarlo y

acusarlo gravemente delante del monarca, quien dándoles oídos con demasiada ligereza y pasion, exclamó arrebatado y furioso: ¿Es posible no tenga en mi corte quien me libre de un hombre que me causa tantos sinsabores? palabras que fueron su sentencia de muerte, pues cuatro oficiales desalmados y de perdidas costumbres, se juramentaron allí mismo á asesinar al inocente y celoso prelado.

Tomás, que habia ya tenido revelacion de su muerte, la anunció á su pueblo el dia de la Natividad del Señor; y retirado en su iglesia se dispuso fervorosamente á ella durante las tres siguientes festividades, gastando todo el tiempo en oraciones y vigilijs, ofreciéndose á Dios en sacrificio. El dia 29 se le presentaron en su palacio los cuatro asesinos, y le hicieron varias proposiciones escandalosas, á que el Santo se resistió; y apartándose de ellos, pasó á su catedral á asistir á los oficios divinos. Entonces aquellos hombres perversos, al frente de muchos soldados, atacaron el templo; y aunque el pueblo se disponia á defender á su pastor, éste lo contuvo, y poniéndose de rodillas ante el altar, recibió la muerte atravesado por las espadas de los sacrilegos oficiales, el año de 1170, teniendo 53 de edad, y 9 de obispado.

Todo el orbe católico quedó horrorizado de aquel sacrilego asesinato, perpetrado en odio de la justicia y de la libertad de la Iglesia. El mismo rey, que por su imprudencia lo habia causado, hizo pública penitencia de su delito. El cielo manifestó con los muchos portentos que hizo por intercesion del Santo, y por el ejemplar castigo con que tomó venganza en los cuatro asesinos, lo acepto que le habia sido el sacrificio de su siervo. Esto movió al papa Alejandro III á canonizarlo solemnemente á los tres años de su glorioso martirio, y Dios hizo famoso su sepulcro por la multitud de estupendas maravillas. Las reliquias de este ilustre arzobispo se conservaron en Cantorbery hasta el lamentable cisma de Inglaterra, en que fueron quemadas de orden del impío Enrique VIII; pero se libertó de este atentado contra la religion y la humanidad, su sagrada cabeza, trasladada algunos años ántes á la abadía de Royau-mont, en Francia.

San Crescencio, confesor.

En Africa padeció el martirio San Crescencio, en compañía de otros varios Santos, regando con su sangre el árbol de la religion, que tanto mas crecia y abundaba en frutos, cuanto mas se trataba

de destrozarlo con la abscision de sus gloriosos vástagos. Juzgaron los tiranos que podian destruir á la Iglesia con privar de la vida á cuantos conociesen ser sus hijos; mas se engañaron miserablemente, porque la Sabiduría de Dios disponia que este árbol místico creciese y se robusteciese á la manera que el árbol natural, al cual sirve la poda, no para destruccion, sino para crecimiento, robustez y fecundidad. Así se vió que cuando consumidos mas de diez y ocho millones de mártires por la persecucion, se dió la paz á la Iglesia por Constantino, apareció cristiano todo el mundo.

La Epístola es del capítulo V del Apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: todo pontífice entresacado de los hombres, es puesto para beneficio de los hombres en lo que mira á Dios, á fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual sepa condolerse de aquellos que ignoran y yerran, como quien se halla igualmente rodeado de miserias; y por esta razon debe ofrecer sacrificio en descuento de los pecados, no menos por los suyos propios que por los del pueblo. Ni nadie se apropia esta dignidad, si no es llamado de Dios como Aaron. Así Cristo no se arrogó la gloria de hacerse pontífice, sino que la recibió del que le dijo: Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy: conforme á lo que le dijo él en otro lugar: Tú eres sacerdote eternamente, segun el orden de Melquisedec.

El Evangelio es del capítulo X de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: Yo soy el buen Pastor. El buen pastor dá su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebata, y dispersa el rebaño. El mercenario, pues, huye, porque es asalariado, y no tiene interes alguno en las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí; así como el Padre me conoce á mí, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Aun tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es menester que yo las traiga; y oirán mi voz, y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor.

MEDITACION.

Sobre la paz que trajo á los hombres el nacimiento de Cristo.

Considera que el nacimiento de Cristo, que dió tanta gloria á Dios en las alturas, dió tambien la paz á los hombres de buena voluntad. Ciertamente no conocian los hombres el bien inestimable de la paz, desde que el enemigo de la salvacion se las hizo perder en el paraiso; ni mucho menos la podian esperar de otro que no fuese el Hijo de Dios hecho Hombre, para la salud de los hombres. Conocieron este bien los profetas, lo desearon y hasta cierto punto lo disfrutaron con los patriarcas y justos del Antiguo Testamento; empero ni ellos le tuvieron sino en fé del Redentor que habia de venir, ni nosotros la obtuvimos y disfrutamos con perfeccion, sino por la venida real y positiva del Salvador. El momento de su aparicion en la tierra era el principio de la felicidad de los hombres; mas esta no podia darse sino por el restablecimiento de la amistad entre Dios y los hombres rota por el pecado, y restablecida por el Cordero que borra los pecados del mundo. Entónces fué terminada la enemistad, se restauró la paz; y por eso en el nacimiento de Cristo la anuncian los ángeles á los hombres de buena voluntad.

Considera que aunque los ángeles anunciaron la paz á los hombres, no la anunciaron indistintamente á toda clase de hombres, buenos ó malos, sino precisamente á los que son de buena voluntad. ¿Qué quiere decir esto? ¿Por ventura se dá á entender que haya algunos hombres justificados por otro principio que por la redencion de Cristo, ó á quienes el Señor encontrase ya en carrera de salvacion sin su ayuda, ó acaso en la perfeccion misma? No ciertamente; porque tanto los que vinieron al mundo ántes de Cristo, como los que existimos en la tierra despues de su venida, reconocemos en él el principio todo y único de nuestra reparacion y justificacion. ¿Querrá dar á entender esta distincion que Cristo viniera solo para la redencion de algunos y no de todos? Tampoco; porque la redencion fué universal y no careció de ella un solo hombre, aunque por su iniquidad no la hayan logrado infinitos pecadores. ¿Pues qué quiere decir, ó qué explica este concepto? ¡Ah! que Dios pide á los hombres una voluntad dócil y obediente, que sometién dose á los proceptos de la ley y á toda inspiracion

de la voluntad divina, ponga con ella el medio indispensable para que se obre la justificacion en el alma, corriendo de cuenta del Redentor Divino proveer de los medios necesarios para que se obre real y físicamente la santificacion de las almas por la gracia santificante.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo reconozco, Dios mio, y lleno de confianza en tu Providencia paternal, me resuelvo á poner de mi parte lo que me corresponde, docilitando mi corazon y conformándome con tus disposiciones, para que ni yo haga por mí cosa que no sea conforme á tu ley, ni deje de admitir gustoso lo que de mí dispongas, aunque sea adverso ó contrario á mi felicidad temporal, con tal que obre mi salvacion eterna.

JACULATORIA.

Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

LECCION.

Fortaleza é infierno.

Definen los teólogos á la *Fortaleza* una virtud que rectifica nuestra irascible entre la audacia y el temor. Por irascible entienden aquella inclinacion que tiene el hombre á vencer los obstáculos que se le presentan para la consecucion de algùn fin. Se divide la fortaleza en doméstica y bélica: la primera es aquella con que sufrimos los males que nos acontecen, como la pérdida del honor, de la salud, de los bienes: la segunda es la que robustece nuestro corazon para combatir contra los enemigos espirituales ó corporales. Los actos principales de la fortaleza son dos: acometer y sufrir, de los que este último es el principal; porque cualquiera puede arrostrar algùn peligro, salga bien ó mal; pero no cualquiera puede sufrir con paciencia y serenidad de ánimo las calamidades, las persecuciones, los tormentos y la misma muerte: por eso los mártires son los que mas han resplandecido en la virtud de la fortaleza. Su efecto es moderar conforme á la recta razon, el temor y la audacia. Sus partes principales son *Magnanimidad*, por la que se inclina el ánimo á acciones heróicas en todo género de virtudes; por ella

nos

fianza, animosidad y fuerza. A esta virtud se oponen por exceso, la presuncion, la ambicion, la vanagloria, y por defecto la pusilanimidad; pero no hemos de confundir este vicio con la virtud de la humildad, porque las virtudes nunca se oponen mutuamente, así como los vicios. Bien podemos ser humildes y al mismo tiempo magnánimos. María Santísima es juntamente aclamada *Reina de los mártires*, es decir, que su fortaleza es superior á cuanta han tenido los mayores héroes del mundo, y aun los mayores Santos. El que llegue á formar alguna idea de lo mucho que amaba á su Hijo santísimo, no podrá menos que asombrarse al ver la fortaleza que tuvo para acompañarlo en su pasion, y estar en pié junto á la cruz, viéndolo padecer y morir; sin embargo de una magnanimidad tan estremada, fué la mas humilde entre todas las criaturas.

La *magnificencia* es tambien una de las partes de la fortaleza, es una virtud que inclina al hombre á manifestarse con suntuosidad y esplendor en ciertas obras; pero con arreglo á la razon, al tiempo y á las circunstancias. Se distingue de la magnanimidad, en que ésta propiamente mira á los actos internos, y aquella á obras exteriores: se opone á esta virtud por defecto lo que los teólogos llaman *parvificencia*, que es lo mismo que hombre de ánimo apocado; y por exceso la prodigalidad, vicio por el cual hacemos gastos que no exige la necesidad ni aprueba la razon. Otra de las partes de la fortaleza es la *paciencia*, virtud por la cual sufren los hombres las adversidades de esta vida. Esta es la mas útil y necesaria para nosotros; pues como hemos dicho, los oficios de la fortaleza son dos: *emprender y sufrir*, de los que tambien hemos dicho que el segundo es el principal; y así es en efecto, no solo por el sumo trabajo que nos cuesta sufrir, sino porque el emprender las mas veces no está en nuestra mano, ni nos lo permiten las circunstancias; pero para sufrir siempre tenemos oportunidad y aun necesidad. El Apóstol San Pablo nos dice: *La paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios alcanceis sus promesas*. Esta virtud es la que nos hace ser humildes en la prosperidad, firmes en la adversidad, suaves con los que nos injurian, sufridos en las enfermedades, y en toda tribulacion sobreponernos á ella. La paciencia es la que nos ayuda á sostener las cargas de nuestras obligaciones en el estado y profesion que tenemos. Por poco que se medite sobre ambas cosas, se conocerá que no hay situacion en la vida que no esté rodeada de calamidades.

En fin, la *perseverancia*, virtud sin la que es inútil nuestra paciencia, y es la que sostiene nuestro ánimo para no desistir de la buena empresa comenzada, aunque trabajemos en ella por mucho tiempo. No debemos confundir la perseverancia de que aquí hablamos, con la final, porque esta no es virtud, sino un don gratuito que Dios nos concede para que terminemos nuestra vida en su gracia. Aquí solo tratamos de la perseverancia como una virtud moral, la que nos es absolutamente indispensable para no trabajar sin provecho; pues como hemos asentado, sin ella de nada nos servirá la paciencia.

Es corriente la comparacion que para formar alguna idea del infierno se pone con el fuego que conocemos, diciendo que el mayor que podemos figurarnos, es como pintado respecto de aquel. Esto nos ministra por medio de una cosa sensible, una congetura de la acerbidad de los padecimientos de aquel lugar horrible: nos confundiremos realmente, si nos aplicamos á entrever ó considerar aquellos. Los entendimientos mas sublimes se sorprenden y no aciertan á formar idea de la grandeza de las obras que ha hecho Dios para nuestra reparacion. ¿Cómo concebir á un Dios padeciendo? El que lo vé en el empireo rodeado de ángeles; el que observa que con solo la fuerza de su palabra sacó de la nada cuantos séres nos rodean; el que sabe que ese Sér omnipotente pudo con un acto de su voluntad castigar al hombre delincuente y aniquilarlo, y ve á ese mismo Dios padeciendo á manos de su criatura, no puede penetrar cómo ha podido ser esto. La grandeza de la obra lo confunde; y aunque conoce que en ella hay una cosa sublime y extraordinaria, no puede percibirla. Pues bien: así como Dios quiso echar el resto de su poder en la redencion, así quiere echarlo en la venganza de sus injurias. Tanto quanto fué humilde y abatido en la cruz, tanto ha de ser severo en castigar á los que no se supieron aprovechar de ella. ¿Cuáles serán los castigos de un Dios que quiere ostentar su poder en castigar? No alcanza nuestro entendimiento á acercarse siquiera á la verdadera idea de ellos. Mas aunque fueran esos padecimientos muy ligeros, bastaba para hacerlos enormes su duracion. Han de durar por toda la eternidad, y esa sola circunstancia los hace insupportables. Pues aun hay mas: esos padecimientos pueden considerarse como morales. El primero es carecer de la vista de Dios. Hemos observado en las vidas de los Santos, que en sus mayores tormentos recibian cierto

placer, que parece los hacia insensibles á aquellos. ¿De qué provenia esto? De que la consideracion de padecer por Dios, y la esperanza de gozarlo, les hacia no solo sufribles sus martirios, sino que hallasen complacencia en ellos. Si á los condenados se concediese la esperanza de que despues de millares de millares de años habian de ver á Dios, desde ese instante serian felices aun en medio de sus tormentos. Para comprender el insufrible martirio que es carecer de la vista de Dios, es necesario que sepamos que desprendida el alma del cuerpo tiene una propension irresistible á unirse con Dios como á su centro; estado y situacion á que la inclina su misma naturaleza. ¿Cuál será, pues, el tormento del alma, al verse privada de esta union? ¿Cuál será el estado intolerable de violencia en que se hallará no pudiendo verificarla? ¡Ah! qué situacion tan miserable! ¡Qué desesperacion tan inconcebible! El gusano roedor de la conciencia, la hará entonces sentir toda su accion. Se le presentarán á la memoria todos los auxilios que le dió Dios, todas las oportunidades que despreció, y los propósitos que muchas veces hizo y que no los cumplió.—¡Oh idea terrible! Católicos; ahora es el tiempo en que podemos cumplir nuestros propósitos, y continuar una vida que nos haga merecedores de la bienaventuranza, y no de la cárcel tenebrosa del infierno en que no podemos pensar sin horrorizarnos.

DIA TREINTA.

San Sabino, obispo y mártir.

Sabino era obispo de Asis, en Umbría, cuando el pueblo romano, excitado por el edicto de persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano pidió tumultuariamente que se extinguiese el nombre cristiano. A mas de las persecuciones que se hicieron de parte de Maximiano, el senado dió un decreto en 22 de Abril del año 303, ordenando que los que fuesen reconocidos por cristianos se pusiesen en poder del prefecto, ó de los jueces de los lugares, para que éstos los obligasen á renunciar su religion y sacrificar á los dioses. En consecuencia de este decreto del senado, el emperador dirigió un rescripto el dia último del mes, al gobernador de Toscana, ordenando penas corporales ó confiscacion de bienes contra los que rehusasen ejecutarlo.